

Santiago Apóstol

Fiestas Patronales 2020

SANTIAGO EL MAYOR Catequesis

4

El mártir

Sahuayo, Mich., julio 2020





***“Al ver a la muchedumbre, Jesús dijo a sus apóstoles:
denles ustedes de comer...”***

A nombre de Santiago Apóstol, haz llegar una despensa
a las personas más necesitadas de nuestro pueblo.

Cada despensa tiene un costo de \$ 150.00

Puedes hacer tu donativo con los sacerdotes o en la notaría parroquial.

También puedes donar por medio de depósito en Bancomer

Cuenta No. 0114098471 Clabe Interbancaria 012535001140984713

a nombre de Diócesis de Zamora, A. R.

y enviar datos de donante y comprobante de depósito

por whatsApp al número 353 108 4428

Informes con los sacerdotes de la parroquia o en la notaría parroquial.

¡Pide tu comprobante de donativo!





SANTIAGO HIJO DE ZEBEDEO, MÁRTIR

CUARTA CATEQUESIS

OBJETIVO:

En esta catequesis queremos acercarnos al corazón de Santiago que en la intimidad con Jesús irá transformándose y preparándose para dar testimonio de Él hasta el último día de su vida.

TEXTO

En aquel tiempo, mientras iba de camino a Jerusalén, Jesús llamó aparte a los Doce y les dijo: “Ya vamos camino de Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos para que se burlen de Él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día, resucitará”. Entonces se acercó a Jesús la madre de los hijos de Zebedeo, junto con ellos, y se prostró para hacerle una petición. Él le preguntó: “¿Qué deseas?” Ella respondió: “Concédeme que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu Reino”. Pero Jesús replicó: “No saben ustedes lo que piden. ¿Podrán beber el cáliz que yo he de beber?”. Ellos contestaron: “Sí podemos”. Y Él les dijo: “Beberán mi cáliz; pero eso de sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; es para quien mi Padre lo tiene reservado”. Al oír aquello, los otros diez discípulos se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús los llamó y les dijo: “Ya saben que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. Que no sea así entre ustedes. El que quiera ser grande entre ustedes, que sea el que los sirva, y el que quiera ser primero, que sea su esclavo; así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida por la redención de todos”. (Mateo 20, 20-28)

1. EL ANUNCIO DE LA PASIÓN

La primera parte del texto contiene el tercer anuncio de la pasión en el evangelio de san Mateo. No es el único. Los evangelios nos narran que por lo menos en tres ocasiones distintas el Señor anunció a sus discípulos su pasión, muerte en cruz y su resurrección.

Es algo que no cabe en la mente de los discípulos. Les va quedando claro que en Jesús se cumple la promesa del Mesías esperado; lo que no entienden es que Jesús no será el Mesías glorioso y portentoso que ellos quieren para devolver a Israel la gloria que había perdido.

Jesús realizará su vocación por el camino del sufrimiento, que no busca irresponsablemente, sino que asume como consecuencia de su fidelidad a la misión de anunciar la cercanía del Reino de Dios, con palabras y signos, con su propia vida.

Llama la atención cómo mientras Jesús anuncia su pasión, los discípulos parecen estar en otro canal.

Recordemos cómo después de la confesión de fe en Cesarea de Filipo, “Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían. Al tercer día resucitaría. Entonces Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderlo.” (Mateo 16, 21-22)

Algo parecido ocurre en el segundo anuncio de la pasión narrado por san Lucas: “Todos estaban maravillados de las cosas que hacía. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Escuchen atentamente estas palabras: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres. Pero ellos no entendían lo que quería decir; les resultaba tan oscuro, que no llegaban a comprenderlo, y tenían miedo de hacerle

preguntas sobre el tema. Surgió entre los discípulos una discusión sobre quién sería el más importante.” (Lucas 9, 43-46)

En el texto que nos sirve de apoyo para nuestra catequesis, la actitud de los Zebedeos es en el fondo la misma que la de los demás discípulos, una actitud individualista, egoísta; frente a ella Jesús proclama que no es el egoísmo sino el servicio lo que debe prevalecer en el nuevo reino que Él ha venido a instaurar.

2. LOS PRIMEROS PUESTOS

En el texto que orienta nuestra catequesis, la primera que aparece en la escena, después del anuncio de la pasión, es una mujer, precisamente la mamá de los hermanos Zebedeo. Vemos que se acerca a Jesús y se postra. Ella reconoce en Jesús a alguien ante el cual la mejor actitud es postrarse y adorarlo.

El texto no nos dice que ella haya pronunciado palabra alguna. Jesús, que conoce lo profundo del corazón, capta en este gesto el deseo de la madre de pedirle algo, y sin más le lanza una pregunta: “¿Qué deseas?”

A la pregunta de Jesús: ¿Qué deseas?, sintiendo fuerte el amor por sus hijos, queriendo lo mejor para ellos y al mismo tiempo captando todo el significado salvífico de la figura de Jesús, le dice “*Concédeme que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu Reino.*” En esta petición encontramos algunos elementos interesantes.

Concédeme. Esta mujer reconoce la autoridad que tiene Jesús, quien puede ‘mandar’. Es como si dijera: “Tú que todo lo puedes, da esa orden.” ¿Cuál?

Que estos dos hijos míos se sienten junto a ti en tu Reino. La mujer cree en todo lo que sus hijos le han dicho sobre Jesús. Ahora le pide que los haga partícipes de sus planes y proyectos, de su futuro.

Sentarse a la derecha y a la izquierda. La palabra sentarse indica igualdad, intimidad, confianza. Esta madre apunta alto. No pide simplemente “que ‘se sienten contigo’”, eso ya sería bastante, sino que se sienten a su derecha y a su izquierda. Pide los puestos de honor.

Hagamos una pequeña reflexión: Es la primera vez que aparece la mamá de los Zebedeos. Seguramente todo lo que sabía y había oído acerca de Jesús se lo habían contado sus hijos, quienes seguían al maestro desde el momento en que Él los llamó. Es bello ver cómo, en este caso, son los hijos los que transmiten la experiencia de Jesús a sus padres, en este caso a su madre.

3. PROFECÍA DEL MARTIRIO

Jesús la pensaba distinto. Y no responde a la mujer, sino a los hijos, a Santiago y a Juan: “*No saben ustedes lo que piden. ¿Podrán beber el cáliz que yo he de beber?*” Es como si les dijera esto no es tan sencillo, porque no se trata de un ‘premio’ a la buena conducta, hay que ir más lejos: “**¿Son capaces de sufrir lo que yo voy a sufrir?**”

Casi arrebatándole la palabra a Jesús exclaman con seguridad; “**Podemos**”. Y Él les dijo: “*Beberán mi cáliz; pero eso de sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; es para quien mi Padre lo tiene reservado*”.

Jesús reconoce que por el amor que le tienen ellos lo harán, beberán su copa. Santiago beberá la copa del martirio.

4. EL MARTIRIO DE TODOS LOS DÍAS

Los otros diez estaban escuchando atentamente este diálogo. El texto dice que se enojaron con los dos hermanos. ¿Sería por lo que pedían o porque no los habían tenido en cuenta a todos?

Jesús entonces les da una bella lección. No se trata de mandar sino de servir. Este es el único camino



que nos puede hacer grandes. Esto no lo dice Jesús simplemente porque sabe que es así, sino porque, como nos dice el último versículo de nuestro texto: *el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida por la redención de todos*” Jesús enseña lo que ha experimentado en su vida, es Maestro de vida.

5. DOS GRANDES LECCIONES

Santiago caminó con Jesús y vivió con Él el drama de la aceptación y el rechazo a la Buena Nueva del Reino y aprendió lo que significa negarse a sí mismo y tomar la cruz. Recordemos el pasaje cuando Jesús fue rechazado por los samaritanos. Santiago y Juan, iracundos, querían hacer bajar fuego del cielo para destruirlos y lo que tuvieron de Jesús fue una reprensión y una gran lección, la de la tolerancia. (Cf. Lucas 9, 51-55)

Pero el Señor le dio a Santiago, a Juan su hermano y a Simón Pedro, dos lecciones, que les enseñarían cuál sería su destino como discípulos del Señor: la transfiguración y la oración del huerto.

Santiago pudo participar, juntamente con Pedro y Juan, en el momento de la agonía de Jesús en el huerto de Getsemaní y en el acontecimiento de la Transfiguración de Jesús. Se trata, por tanto, de situaciones muy diversas entre sí: en un caso, Santiago, con los otros dos Apóstoles, experimenta la gloria del Señor, lo ve conversando con Moisés y Elías, y ve cómo se trasluce el esplendor divino en Jesús; en el otro, se encuentra ante el sufrimiento y la humillación, ve con sus propios ojos cómo el Hijo de Dios se humilla haciéndose obediente hasta la muerte.

Ciertamente, la segunda experiencia constituyó para él una ocasión de maduración en la fe, para corregir la interpretación unilateral, triunfalista, de la primera: tuvo que vislumbrar que el Mesías, esperado por el pueblo judío como un triunfador, en realidad no sólo estaba rodeado de honor y de gloria, sino también de sufrimientos y debilidad. La gloria de Cristo se realiza precisamente en la cruz,

participando en nuestros sufrimientos.

6. EL MARTIRIO DE SANTIAGO

Esta maduración de la fe fue llevada a cabo en plenitud por el Espíritu Santo en Pentecostés, de forma que Santiago, cuando llegó el momento del testimonio supremo, no se echó atrás. Al inicio de los años 40 del siglo I, el rey Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, como nos informa san Lucas, *“por aquel tiempo echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos e hizo morir por la espada a Santiago, el hermano de Juan”* (Hch 12, 1-2).

La concisión de la noticia, que no da ningún detalle narrativo, pone de manifiesto, por una parte, que para los cristianos era normal dar testimonio del Señor con la propia vida; y, por otra, que Santiago ocupaba una posición destacada en la Iglesia de Jerusalén, entre otras causas por el papel que había desempeñado durante la existencia terrena de Jesús.

Así, Santiago el Mayor se nos presenta como ejemplo elocuente de adhesión generosa a Cristo. Él, que al inicio había pedido, a través de su madre, sentarse con su hermano junto al Maestro en su reino, fue precisamente el primero en beber el cáliz de la pasión, en compartir con los Apóstoles el martirio.

¿QUÉ APRENDEMOS PARA NUESTRA VIDA?

- Que Santiago, hijo de Zebedeo no siempre comprendió el plan de amor del Señor para su vida y también él, como los demás, se dejó vencer por la tentación de pedir un lugar, un papel.
- Que ser discípulo requiere ante todo escuchar al Maestro y no procurarse un lugar. Por desgracia es muy fácil caer en la tentación de ser maestro de uno mismo. Y a veces pasa de manera sutil, cuando la única finalidad de la vida es la propia realización.

- Que ¡Para realizarnos a nosotros mismos tenemos que salir de nosotros mismos, y no ponemos en el centro u ocupar los primeros puestos! El discípulo escucha ante todo al maestro para hacerse similar a él y para recibir de él la misión que debe llevar a cabo.
- Que ser discípulo requiere estar siempre con atención cerca del Señor, escuchar continuamente la Palabra de Dios. En ese sentido, no se puede ser discípulo de una vez

por todas. Hay que decidir cada día escuchar la Palabra y seguirla. El episodio que narra Mateo pone de manifiesto la dificultad que tenemos cada uno de nosotros para seguir al Señor.

- Que todo discípulo debe dar testimonio, ser mártir o testigo. No todos los serán de manera cruenta, como Santiago o San José Sánchez del Río, sino en la vida diaria.

